

Historias de ciudades. Memoria y representaciones del pasado en Rosario y Santa Fe al finalizar el siglo XIX.

Micheletti, María Gabriela.

Cita:

Micheletti, María Gabriela (2011). *Historias de ciudades. Memoria y representaciones del pasado en Rosario y Santa Fe al finalizar el siglo XIX. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/561>

Mesa N° 92

Título de la Mesa: “Contextos, condicionantes y argumentos de la escritura de la historia en espacios regionales”

Coordinadores de la Mesa: Brezzo, Liliana – Quiñónez, María Gabriela

Título de la Ponencia: “Historias de ciudades. Memoria y representaciones del pasado en Rosario y Santa Fe al finalizar el siglo XIX”

Autor: Micheletti, María Gabriela

Pertenencia institucional: Instituto de Historia, UCA – IDEHESI – CONICET

DNI: 23674297

Correo electrónico: mgmicheletti@conicet.gov.ar; gabimiche@yahoo.com.ar

Se autoriza la publicación

HISTORIAS DE CIUDADES. MEMORIA Y REPRESENTACIONES DEL PASADO EN ROSARIO Y SANTA FE AL FINALIZAR EL SIGLO XIX.

Introducción

Con estilos muy diferentes, Gabriel Carrasco (en base a los estudios previos de su padre Eudoro) desde Rosario, y Floriano Zapata desde la ciudad de Santa Fe, ofrecen sobre el final del siglo XIX dos obras –los *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe. Con datos generales sobre Historia Argentina. 1527-1865* (1897), y *La ciudad de Santa Fe. Sinopsis para la obra del Censo Nacional* (1899)- que ensayan ofrecer un relato sobre la historia de las respectivas ciudades. Desde la escueta y seria forma de los anales, o desde la jocosa y florida narrativa empleada por Zapata, estos dos historiadores entretienen, a lo largo de sus libros, una serie de argumentos y representaciones sobre el pasado local.

Ambos libros pueden ser considerados expresiones de un protoespacio historiográfico decimonónico¹ santafesino, y dentro de éste, de una fase erudita iniciada hacia principios de la década del ochenta con la publicación en 1881 de la *Historia de López* de Ramón Lassaga, obra en la que se revisa, con sentido reivindicatorio², la tradición historiográfica liberal sobre el

¹ GUSTAVO PRADO, “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en DEVOTO FERNANDO ET. AL., *Estudios de historiografía argentina (II)*, Buenos Aires, Biblos, 1999, p. 47. La periodización de la historia de la historiografía santafesina que se propone en este trabajo es propia y se encuentra en etapa de prueba, lo que implica que es provisoria y está sujeta a posibles reformulaciones. La fase historiográfica erudita de entresiglos, cuyo comienzo se establece en 1881, terminaría hacia el final de la primera década del siglo XX, con la aparición en 1907 de la *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe (1573 – 1853)* de Manuel Cervera, primera historia integral de la provincia, y con la que comenzaría el período de configuración de la historiografía santafesina como campo autónomo.

² En la reciente historia de la historiografía de Devoto y Pagano, se denomina género reivindicatorio al utilizado por algunos escritores de fines del siglo XIX –comprendido Ramón Lassaga y otros historiadores provinciales-, quienes elaboraron “alegatos ‘documentados’ que con distintas modulaciones tendían a difundir o restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados o ignorados en las narraciones disponibles”. FERNANDO DEVOTO Y NORA PAGANO, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 53-60.

período de las guerras civiles.³ Lo que distingue a esa fase historiográfica erudita es la aparición en la provincia de un conjunto de intelectuales, aún no profesionalizados en su rol de historiadores, que lograron articular y plasmar las primeras representaciones sobre el pasado santafesino, ubicándose en sus composiciones en un espacio fronterizo entre Historia y Memoria. Estos autores –bien que en distinto grado o medida- recogieron los aportes de la historia mitrista y pretendieron anclar sus producciones en bases documentales fidedignas, pero tampoco lograron desprenderse completamente de la fase memorialista anterior.⁴

Esta ponencia propone una aproximación comparada de las obras de Carrasco y Zapata, evaluando la relación entablada en cada una de ellas entre Historia y Memoria, y procurando cotejar estilos, recursos metodológicos, influencias historiográficas, e imágenes, formas discursivas y argumentos sobre el pasado, de dos textos llamados a introducir en la provincia el estudio de la historia local.

Se procura indagar, además, si la conocida puja por la supremacía existente entre las ciudades de Santa Fe y Rosario se filtró en el discurso elaborado por sus intelectuales, en un esfuerzo por revalorizar el propio pasado local en el contexto de la historia provincial o nacional.

La historia de dos historias locales finiseculares

Gabriel Carrasco nació en Rosario, en 1854. Era hijo del tipógrafo Eudoro Carrasco, primer autor de la obra que él completara y publicara en 1897. Su padre había nacido en Buenos Aires treinta años antes; de pasado rosista y federal, se había radicado en la ciudad del sur santafesino en 1853, luego de que debiera abandonar su provincia por cuestiones políticas, a raíz de su oposición a la separación de Buenos Aires del resto de la Confederación. En Rosario, Eudoro estableció una imprenta y se compenetró con la ciudad y con su historia, llegando a ocupar varios cargos públicos, entre otros, el de diputado provincial. Su hijo se recibió de abogado y se convirtió en un reconocido exponente de la elite dirigente santafesina de fines del siglo XIX. Fue intendente de Rosario, convencional constituyente santafesino y nacional, ministro de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública, inspector escolar y legislador provincial en Santa Fe, responsable del censo santafesino de población de 1887 y del censo nacional de 1895, y encargado de diversas comisiones y gestiones especiales. Padre e hijo se dedicaron al periodismo y sintieron afición por la Historia, la cual se plasmó, sobre todo en el caso de Gabriel, en diversas

³ MARÍA GABRIELA MICHELETTI, “Primeros esfuerzos historiográficos en defensa de las provincias y sus caudillos: la *Historia de López*, de Ramón Lassaga”, *Revista de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, N° 10, Salta, 2010.

⁴ Con anterioridad a 1881 se puede hablar, dentro del protoespacio historiográfico santafesino decimonónico, de una fase memorialista, con obras de carácter estrictamente testimonial: el *Diario* de Manuel Ignacio Díez de Andino, las *Memorias* de Domingo Crespo, los *Apuntes para la historia de la provincia* de Urbano de Iriondo, y la *Relación histórica del Pueblo y jurisdicción del Rosario de los Arroyos* de Pedro Tuella.

publicaciones. Escritor prolífico, y abocado a los estudios de estadística, Gabriel fue a partir de 1899 director de la Oficina Demográfica Argentina y del *Boletín Demográfico Argentino* del Ministerio del Interior, e integró como miembro de número la Junta de Historia y Numismática Americana.

En 1897, Gabriel Carrasco decidió editar, en formato de libro, los *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe*, elaborados en base al material preparado por su padre Eudoro. La voluminosa edición, de 674 páginas, impresa en Buenos Aires en la casa de Jacobo Peuser, reconocía dos antecedentes en publicaciones periódicas: la inicial, realizada por Eudoro con el título de “Rosario – Anales” y bajo “la sencilla forma de la efeméride”, en sesenta artículos aparecidos en el diario rosarino *El Sol*, en 1877; la siguiente, en la que Gabriel introdujo agregados y correcciones, en un folletín aparecido a lo largo de ciento trece números en *El Mensajero* de Rosario, entre fines de 1895 y agosto de 1896. Por ello, Gabriel Carrasco consideró a aquella edición de 1897 “la tercera de esta obra y que contiene un material mucho más extenso y elaborado que las anteriores”.

La obra de los Carrasco resultó un valioso aporte al conocimiento del pasado rosarino, ya que la historia de la ciudad no había sido aún escrita y sólo contaba con el antecedente del texto publicado en 1802 por el *Telégrafo mercantil* y elaborado un año antes por Pedro Tuella, un antiguo vecino afincado en Rosario perteneciente a la etapa de los memorialistas.⁵ Gabriel Carrasco no sólo conocía esta obra sino que además la transcribió en su libro, y tomó de ella, como se verá más adelante, varios de los motivos que desarrolla en los *Anales*.

Floriano Zapata, en tanto, era un periodista entrerriano nacido en Paraná hacia 1840, que se había radicado en Santa Fe y asimilado a su sociedad, desarrollando allí diversas funciones y actividades en la vida política y cultural de la ciudad. Fue senador y convencional constituyente provincial, profesor de Literatura en la Universidad de Santa Fe, y encargado de la impresión del Registro Oficial de la provincia. Literato e historiador, escribió gran cantidad de trabajos, entre ellos, una Historia de los periodistas del Río de la Plata y una Vida anecdótica del general Urquiza, que lamentablemente se perdieron, junto con la mayor parte de su producción –que se mantenía inédita-, en el incendio de su biblioteca y archivo. Los escritos que pueden conocerse, en consecuencia, de este autor, son aquellos que quedaron desperdigados por distintas publicaciones periódicas de la época y, en especial, *La ciudad de Santa Fe* de que se ocupa esta

⁵ PEDRO TUELLA, “Relación histórica del Pueblo y Jurisdicción del Rosario de los Arroyos, en el Gobierno de Santa Fe, Provincia de Buenos-Ayres”, *Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata*, Tomo III, N° 14-16, 4, 11 y 18 de abril de 1802. JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA, Buenos Aires, Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, 1915.

ponencia.⁶ Esta obra, según el mismo autor aclara al comienzo de la misma, fue elaborada para responder al encargo del gobierno provincial, que por un decreto había encomendado a Zapata y al historiador santafesino Ramón Lassaga, componer un estudio histórico de la provincia de Santa Fe y cuadro sinóptico de su capital para el Censo Nacional de 1895. En 1899, Floriano Zapata decidió publicar un libro con la parte que a él le había correspondido redactar, dado que finalmente no había sido incluida en la obra del Censo. El “folleto”, como su autor lo titula, consta de 138 páginas más dos de índice y fue impreso en el taller tipográfico Nueva Época de Santa Fe. Como antecedente de esta obra puede mencionarse el breve apéndice incluido por el memorialista Urbano de Iriondo al final de sus *Apuntes para la historia de la provincia de Santa Fe* (1876)⁷ –a los que Zapata conoce y cita en una oportunidad⁸–, apéndice en el que se incluían algunos datos sobre la ciudad capital y su población y sobre los pueblos de indios.

Tanto Gabriel Carrasco como Floriano Zapata refieren, al comienzo de sus respectivos libros, la génesis particular de los mismos. En el capítulo I, titulado “Antecedentes sobre esta obra”, Gabriel traza la biografía de su padre, le adjudica la iniciativa con respecto a los *Anales* y explica acerca de las ediciones previas. De manera similar –aunque más escuetamente– procede Zapata, quien en “Una palabra”, consigna sin demasiados detalles la relación con el censo.

Ambas obras pertenecen al campo de la Historia Local⁹ –aún en la forma elemental de los anales y las efemérides, o del ensayo histórico –, un campo todavía muy poco desarrollado para fines del siglo XIX en la historiografía argentina. Entre los antecedentes de historias de ciudades escritas para entonces, Rómulo Carbia menciona las obras de Alberto Martínez (*Buenos Aires, 1580-1885*, Buenos Aires, 1885), A. Galarce (*Bosquejo histórico de Buenos Aires capital de la República Argentina*, Buenos Aires, 1886), Mariano A. Pelliza (*Crónica abreviada de la ciudad de Buenos Aires*, 1889), Damián Menéndez (*Historia de la ciudad de San Nicolás de los Arroyos*, San Nicolás, 1890), e Ignacio Garzón (*Crónica de Córdoba*, Córdoba, 1898-1902). No menciona Carbia al ensayo de Zapata, pero sí a la obra de Eudoro y Gabriel Carrasco, sin añadir

⁶ Un estudio anterior sobre esta obra, en el que además se brindan detalles sobre la vida de Floriano Zapata, en: LILIANA MONTENEGRO DE ARÉVALO, “La ciudad de Santa Fe en la visión de Floriano Zapata”, *Congreso Argentino de Inmigración y IV Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Santa Fe*, Asociación Amigos del Archivo General de la Provincia, Esperanza – Santa Fe – República Argentina, 2005.

⁷ URBANO DE IRIONDO, “Apuntes para la Historia de la Provincia de Santa Fe”, en *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, N° 1 y 2, 1936.

⁸ FLORIANO ZAPATA, *La ciudad de Santa Fe. Sinopsis para la obra del Censo Nacional*, Santa Fe, Tipografía y Encuadernación Nueva Época, 1899, p. 124.

⁹ Muy lejos aún, por supuesto, de las nuevas perspectivas que buscan un ámbito concreto o local para comprender y profundizar cuestiones más generales, y muy representativas, en cambio, de la tradicional historia local anecdótica, vinculada a las conmemoraciones, acontecimientos y personajes locales. Cfr. IGNASI TERRADAS I SABORIT, “La Historia de las Estructuras y la Historia de la Vida. Reflexiones sobre las formas de relacionar la Historia Local y la Historia General”, en SANDRA FERNÁNDEZ – GABRIELA DALLA CORTE (COMPS.), *Lugares para la Historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los estudios contemporáneos*, Rosario, UNR Editora, 2001, p. 179.

ningún comentario ni nota calificatoria en particular, aunque sus autores quedan comprendidos, junto con todos los anteriores, bajo el peyorativo término de “apuntistas”.¹⁰

Estructura, método y estilo. Entre la Historia y la Memoria.

La obra de Carrasco se inicia con dos dedicatorias: “a la provincia de Santa Fe, tributo del ciudadano”, y “a la ciudad del Rosario, homenaje del hijo”. Esta última dedicatoria implica una atribución de sentido, ya que con ella Gabriel establece desde el comienzo una relación filial, de intimidad, con la ciudad de cuya historia se va a ocupar. La posición del historiador, por lo tanto, no es distante, sino próxima y comprometida con la historia que narra. Es evidente la intención del autor de ubicarse en el relato y mostrarse partícipe destacado, lo mismo que a su padre, de la historia de la ciudad. No es casual que la obra esté encabezada por el retrato de ambos autores e incluya las anotaciones biográficas redactadas por Gabriel sobre su padre, como tampoco el de que lleve en la portada el escudo de la ciudad, que había sido diseñado precisamente por el concejal Eudoro Carrasco en 1862.¹¹ Tampoco es casual que en el listado de los diez “aniversarios notables del Rosario”, colocado al comienzo, entre fechas de posibles “fundaciones” y acontecimientos de significativa importancia del pasado rosarino (como la creación de la bandera, y las declaratorias de villa y de ciudad), figure como décimo y último aniversario de la cronología el 23 de junio de 1891, fecha de la colocación del primer ladrillo para la construcción del palacio municipal. El suceso puede parecer menos relevante que los demás del listado y llamar la atención del lector inadvertido, pero su inclusión es bien sugerente desde el punto de vista del autor, quien por 1891 se desempeñaba como intendente de la ciudad y fue impulsor de la construcción de la sede del gobierno local.¹² Además, el capítulo V de la obra está dedicado a la cronología de las autoridades políticas, civiles, municipales y eclesiásticas y de los principales pobladores. Allí, en el listado de Jefes Políticos, figura Eudoro Carrasco, por haber desempeñado interinamente la Jefatura durante dos meses en 1871, y en la nómina de intendentes aparece Gabriel, quien ocupó el cargo entre agosto de 1890 y noviembre de 1891. El listado de aniversarios notables y las cronologías de las autoridades de la ciudad, posibilitan a Gabriel Carrasco sortear de manera elegante el obstáculo fijado por los límites cronológicos de la obra (que llega hasta 1865), de modo de poder incluir, aunque sea tangencialmente, su propia

¹⁰ RÓMULO CARBIA, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Coni, 1940, pp. 178-180.

¹¹ En la efeméride correspondiente, se describen las circunstancias en que fue creado el escudo, inspirado en la obra de Mitre aparecida tiempo antes, en la que se revelaba el hecho de que en Rosario había enarbolado por primera vez Belgrano la bandera nacional. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe. Con datos generales sobre Historia Argentina, 1527-1865*, Buenos Aires, Peuser, 1897, pp. 545-549.

¹² Esta idea queda reforzada más adelante, cuando al tratarse la donación de un terreno efectuada en 1751 por Santiago Montenegro a la Iglesia, se agrega que la escritura fue protocolizada en 1891, con motivo de la venta que hizo el entonces cura párroco al intendente municipal Gabriel Carrasco, del terreno en que éste comenzó la edificación del palacio municipal. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 97.

gestión municipal. Según esta perspectiva, el hacer y el escribir la Historia se encuentran tan estrechamente conectados, que Gabriel Carrasco no concibe quedar afuera de la historia que relata.¹³ Como es fácil suponer, en los *Anales* no falta la efeméride correspondiente al día (1° de diciembre de 1853) en que llegó Eudoro Carrasco a Rosario, proveniente de Buenos Aires, acompañada de una extensa relación del viaje y descripción de la ciudad¹⁴, ni la referencia concreta a la fecha de nacimiento de Gabriel, ocurrida en la misma casa en la que tres años antes se instalara Sarmiento con la imprenta portátil con la que acompañaba al ejército de Urquiza, por lo que dicho solar adquiere una carga simbólica enorme, con fuerza legitimadora sobre la actividad intelectual del autor de los *Anales*:

Aquella casa, glorificada por Sarmiento con la introducción de la primera imprenta, parece que estaba predestinada para ser un centro de productividad intelectual: tres años después, el vecino Eudoro Carrasco estableció en ella otra imprenta que estuvo allí hasta 1865, en la cual se imprimieron varios periódicos y los primeros libros y folletos; allí se fundó también, por el mismo vecino, una librería que duró más de veinte años [...]

Permítasenos que a estos recuerdos de la historia del Rosario, asociemos también uno de carácter personal: en aquella casa nació el autor de estas líneas, el 28 de noviembre de 1854.¹⁵

También en *La ciudad de Santa Fe* –aunque de manera menos evidente– aparece esta tendencia del autor a colarse en el relato, y es así que por medio de una nota al pie, por ejemplo, Floriano Zapata pone al tanto a los lectores acerca de una estatua de San Jerónimo, que se conserva en la iglesia Matriz de Santa Fe, la cual formó parte del oratorio privado de uno de sus abuelos.¹⁶ Historia familiar e historia local se entrelazan en estas expresiones de la historiografía decimonónica santafesina.

Aún cuando los autores de ambos libros refieren acontecimientos que ocurrieron, en general, antes de que ellos nacieran, asumen la postura del historiador testigo, por su relación de proximidad, tanto espacial como familiar y afectiva con los hechos narrados, postura que se

¹³ En otros pasajes de la obra, Gabriel Carrasco vuelve a mencionar sus propias realizaciones, por ejemplo: al hacer alusión al Cuadro Histórico del Rosario que compuso en 1895; al mencionar el decreto de 1887 del gobierno provincial por el que se dio oficialmente el nombre de Gaboto al sitio en el que estuvo el fuerte, y cuyo texto fue confeccionado por él; al referir que como intendente le dio el nombre de Tuella a una calle y el nombre del Salvador al cementerio, además de haber transformado la antigua plaza de carretas en plaza pública; al reproducir un párrafo del discurso que pronunció con motivo de la muerte de Sarmiento; al indicar que donó la colección reunida por su padre del primer periódico rosarino, *La Confederación*, a la Biblioteca Popular; al transcribir la carta con la que obsequió a Mitre un ejemplar de su *Bibliografía y trabajos públicos*; y al aludir al censo que dirigió en 1887. También refiere cómo debió esconderse un tiempo, durante 1893, para no ser blanco de la indignación popular por haber sido funcionario del derrocado gobierno de Juan Manuel Cafferata. Han sido consignados, asimismo, los diversos cargos públicos y actividades desempeñados por su padre Eudoro. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 108-109, 116, 154, 254, 284, 299, 307, 308, 314, 316, 322, 339, 344, 350, 357, 361, 439, 446, 453, 454, 471, 544, 547-549, 551-552, 554, 578, 587-588, 591, 593, 615-616, 622 y 636-637

¹⁴ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 273-282 y 298-299.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 248.

¹⁶ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 37. En los *Anales*, de manera similar, hay también un lugar para el sargento mayor Gabriel Carrasco, abuelo del autor del libro, por su participación en una acción contra los indios. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 202-203.

refuerza para aquellos episodios del pasado reciente del que ellos han sido espectadores. En ello radica parte de su credibilidad, porque cuentan lo que han visto¹⁷, actitud que es particularmente notoria en Zapata, cuya obra –tal vez por haber sido pensada para integrar un texto de carácter censal- se encuentra orientada hacia el presente. Es en el presente en el que se sitúa Floriano Zapata al narrar su historia, y desde él se dirige al pasado pero como mera referencia, de modo que en su obra el pasado desempeña, en definitiva, un papel secundario, como un dominio de lo conjeturable, acerca del que puede haber opiniones pero no verdades absolutas.¹⁸ Por esta razón, Zapata a menudo deja entrever que se ha valido de la memoria local para la composición de su relato, sin preocuparse demasiado por cotejarla con fuentes de información más fidedignas: “[...] y hasta se cuenta de algunos gobernadores con muchos dedos de enjundia de despreocupados, que acostumbraban con franca y familiar llaneza dar audiencia y tratar de los negocios del Estado en los bancos de la plaza, lo que, a ser cierto, nada tendría de extraño [...]”¹⁹ Más adelante, indica: “según opinión de personas de edad provecta, el clima de Santa Fe fue mucho más crudo en tiempos pasados que en la actualidad [...]”²⁰ Y aprovecha para referir alguna “curiosa y desperdigada anécdota” que con motivo de la realización de la sinopsis ha logrado recolectar.²¹ Pero también en los *Anales* se recurre a los habitantes de la ciudad, especialmente a los integrantes de familias de viejo arraigo, para cubrir los huecos dejados por los documentos.²²

Como puede observarse, en las dos obras analizadas, *Historia* y *Memoria* se combinan sin aparentes tensiones, por voluntad de sus autores que propician sus vínculos, al considerar a la segunda como una fuente natural de la primera. Tanto Eudoro como Gabriel Carrasco apelan explícitamente a la memoria colectiva de la sociedad rosarina, como proveedora de información. Eudoro había escrito en 1877, como justificativo para la publicación en el diario *El Sol*: “No tenemos la pretensión de creer que nuestro trabajo esté exento de errores [...], pero cuando hay contemporáneos que nos pueden rectificar, creemos oportuno publicar nuestros apuntes [...]” E insiste más adelante: “Como no en todos los sucesos hemos sido contemporáneos, puede que

¹⁷ Escribe Zapata: “Desde esa fecha, 1871, hasta el año 1887, los trabajos [de la iglesia del Carmen] quedaron totalmente paralizados, habiéndose construido solamente los arcos de la nave central que hemos visto tapiados, y la cabecera del presbiterio.” FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 58. Por su parte, Gabriel Carrasco refiere: “En la creciente del año 1868-69, los muelles del Rosario fueron cubiertos por las aguas, y recordamos haber paseado en botes sobre ellos.” En otro fragmento, rememora: “los niños del barrio íbamos a cortar flores de aroma y jugar a la sombra de aquel espinillo [...]” También recuerda que de la explanada que separa la iglesia del palacio municipal, antiguo camposanto, “hemos visto sacar huesos, en 1894, al construirse la verja y ponerse el piso”. Las referencias a la memoria personal se repiten en diversos pasajes del texto, como en el relato sobre la noche de la batalla de Pavón en Rosario por el “testigo y actor” Eudoro Carrasco. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 18, 96, 116, 126, 133, 141, 312, 366, 493, 503-509, 550 y 559.

¹⁸ JOSÉ CARLOS BERMEJO BARRERA, “¿Qué debo recordar? Los historiadores y la configuración de la memoria”, *Memoria y Civilización*, N° 5, Pamplona, Universidad de Navarra, 2002, p. 200.

¹⁹ FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 10-11.

²⁰ *Ibidem.*, p. 25.

²¹ *Ibidem.*, p. 48.

²² EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 101, 209, 211, 219-222, 229, 260-262 y 271.

nuestra relación tuviera alguna inexactitud: provocamos, pues, la rectificación y aun la anhelamos.”²³ Su hijo, a su vez, expresa en las Advertencias que anteceden a la edición de 1897:

Siendo intención del autor sobreviviente de esta obra, Gabriel Carrasco, continuarla y mejorarla por la adquisición de nuevos datos o corrección de los errores u omisiones cometidas, ruega a las personas que puedan suministrárselos, envíen [...] los documentos, críticas y observaciones que consideren puedan serle útiles.²⁴

Aquí es interesante resaltar, además de la utilización de la Memoria como fuente de información, el planteo gnoseológico que hacen ambos autores de la verdad histórica como una instancia que se puede ir alcanzando gradualmente, gracias a diversos aportes. Según el paradigma con el que se manejan, no consideran que su obra encierre la verdad absoluta sobre lo que narra, sino que es una aproximación que a través de sus diversas ediciones se ha ido acercando a esa verdad, sin alcanzarla. Se postula así la provisionalidad del texto historiográfico.

Además, los *Anales*, tal como los concibió Eudoro, responden a una historia de acontecimientos (la historia *événementielle*, al estilo de Langlois y Seignobos), en la que el rol del historiador se limita a la aplicación del método (recolección y crítica de los documentos). Carrasco padre manifiesta su desconfianza por las interpretaciones historiográficas –“las opiniones se chocan y los juicios son contradictorios sobre la causa de un mismo hecho”–, por lo que se inclina por lo meramente fáctico: “narremos entonces simplemente los acontecimientos, y cuando más hagamos la exposición de la causa que lo motivó, sin comentarios que podrían impulsar la polémica”. Pero enseguida, algo contradictoriamente, afirma que sobre algunos hechos se abrirá juicio y se analizará “filosóficamente la causa del acontecimiento”²⁵ (lo que hace pensar en una historia, más bien, al estilo de la desarrollada en Argentina por Vicente Fidel López, seguidor de Macaulay, de Buckle y de Taine); postura historiográfica esta última que, sin embargo, a decir verdad, se refleja poco en los *Anales*.

En la obra de los Carrasco, como sus principales aportes, es de destacar el esfuerzo realizado en la consulta, cita y transcripción de documentos, lo mismo que el gran acopio de información que se logra, y la preocupación por dotar al relato de rigurosidad científica. Una característica que se encuentra ausente en *La ciudad de Santa Fe*, en la que las referencias bibliográficas o documentales son más que escasas.

En cuanto a filiaciones historiográficas, los *Anales* siguen bastante de cerca al primer historiador rosarino, Pedro Tuella, para los primeros tiempos de la historia local, y reproducen textualmente el relato histórico de Bartolomé Mitre para los episodios de la historia nacional vinculados al pasado rosarino, como la creación de la bandera nacional por Belgrano. También

²³ Ibidem., pp. 13-14.

²⁴ Ibidem., p. 2.

²⁵ Ibidem., p. 13.

citan a los padres Lozano y Guevara y a Ruiz Díaz de Guzmán. Para aspectos del pasado provincial que pueden entrar en tensión con la versión provista por los grandes relatos nacionales, citan al historiador santafesino Ramón Lassaga, en particular, en lo relativo a la batalla de Cepeda de 1820. Aparecen, asimismo, referencias a Juan María Gutiérrez y a Pastor Obligado, y a relatos de viajeros como el de Woodbine Parish y el de William Mac Cann. Es de destacar, también, la cita de la obra de Adolfo Saldías para el episodio del combate del Quebracho contra la armada anglo-francesa. Para los últimos años del período abarcado por los *Anales* se hace predominante la utilización como fuente de la prensa periódica. En el libro de Zapata, en el que según se ha dicho, las referencias bibliográficas escasean, se transcriben algunos párrafos de *La rejión del trigo* (sic) de Estanislao Zeballos, y aparecen referencias al padre franciscano Argañaraz, a Urbano de Iriondo, a Ramón Lassaga y a Antonio Zinny.

Tras los antecedentes y aclaraciones, los autores inician sus respectivas obras con la descripción y ubicación geográfica de la ciudad de cuya historia van a ocuparse. Zapata lo hace de modo más breve e impreciso. Desde el punto de vista geológico, utiliza una terminología que si bien aún está en uso, es discutida por el cientificismo decimonónico, y así habla de “formación post-diluviana” para referirse a los terrenos aluviales sobre los que se asienta la ciudad de Santa Fe.²⁶ Deja planteado, asimismo, el peligro de las inundaciones causadas por las crecientes del río que desde siempre acecha a Santa Fe, presentando dos soluciones alternativas: la realización de la proyectada obra del puerto –que sería construido algunos años después, entre 1905 y 1910- y la construcción de defensas eficaces y duraderas.²⁷ Al tratar el clima de la ciudad, en tanto, Floriano Zapata utiliza como referencia al “distinguido estadígrafo doctor don Gabriel Carrasco”, y constituye ésta una de las correspondencias que pueden establecerse entre los autores de ambas obras, quienes compartían ámbitos de sociabilidad política y cultural en el círculo de la reducida elite santafesina.²⁸

Gabriel Carrasco, por su parte, aprovecha para explayarse sobre una materia que se encuentra en el centro de sus intereses y para la cual ha adquirido un núcleo de sólidos

²⁶ La teoría bíblica de la Geología considera al diluvio universal como un suceso que modificó profundamente la superficie terrestre y que, por lo tanto, es “la causa geológica universal, la única racionalmente admisible según la narración bíblica”. PIERRE-JEAN-CORNEILLE DEBREYNE, *Teoría Bíblica de la Cosmogonía y de la Geología*, Barcelona, Librería Religiosa, 1854, p. 199.

²⁷ FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 5-6.

²⁸ Vuelve Zapata a mencionar a Carrasco en su texto, al referirse al edificio de la Escuela Normal de Santa Fe, cuya piedra fundamental fue colocada mientras aquél se encontraba al frente del Ministerio de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública de la provincia. FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 79. Gabriel Carrasco y Floriano Zapata, vinculados al oficialismo galvista, fueron los dos delegados designados por el gobierno provincial al Primer Congreso Agrícola celebrado en Esperanza en 1892. Los dos fueron convencionales constituyentes de la provincia en 1890 y legisladores provinciales (Zapata, senador, y Carrasco, diputado). Coincidieron como colaboradores en periódicos y revistas, como en el periódico *Nueva Época*, y en *Revista Argentina* (fundada en 1891 en Rosario por David Peña). Cuando Zapata falleció en 1903, Gabriel Carrasco viajó especialmente desde Buenos Aires a Santa Fe para su sepelio.

conocimientos²⁹, ya que la viene trabajando desde que escribiera la *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe* a principios de la década del ochenta.³⁰ Menciona los aportes realizados por el geólogo francés radicado en Argentina, Augusto Bravard, y describe la región sobre la que se asienta Rosario según los aspectos hídrico, geológico, fitogeográfico y climático. Muestra adherir, además, a una posición próxima al determinismo geográfico (influencia del clima positivista de la época y del prestigio alcanzado por las ciencias naturales), cuando desde un inicio deja establecido el estrecho vínculo que a su juicio existe entre Geografía e Historia y encuentra, en las características del suelo, las causas profundas del devenir histórico:

La geografía es la guía de la historia [...] Ella servirá para dar a conocer el teatro de los sucesos, y para explicarlos muchas veces, pues la grande influencia que ejerce sobre los seres humanos la naturaleza del país en que viven, suele ser causa determinante de sus acciones.³¹

La influencia positivista es clara en la siguiente frase de los *Anales*, en la que se afirma que las leyes de la naturaleza se cumplen inexorablemente en la historia de Rosario:

Siguiendo, paso a paso, y pudiéramos decir día por día, la relación cronológica de los acontecimientos, veremos cómo la lógica de la naturaleza ha venido preparando los hechos de manera que la primera semilla, aparentemente arrojada al acaso, pero en realidad implantada con arreglo a las leyes inmutables de la naturaleza, ha producido un árbol majestuoso y fecundo [...]

Tal es la ciudad del Rosario de Santa Fe.³²

Como es fácil suponer, otro aspecto importante en la obra de Carrasco es la demografía histórica. Destacado por sus estudios estadísticos, que le valieron el ser designado como responsable de varios censos provinciales y nacionales, Gabriel Carrasco introduce en los *Anales* diversos datos cuantitativos y cálculos estimativos sobre la población rosarina en distintos momentos históricos.³³ Lejos de estas precisiones se encuentra Zapata, quien explícitamente afirma: “No nos enzarzaremos en disquisiciones eruditas para averiguar con acucia minuciosa el número de habitantes que tuvo esta ciudad en los días de su fundación o poco después. Carecemos, por otra parte, de documentos fehacientes que acrediten cuál fue el vecindario que la pobló en aquella lejana edad.”³⁴ Cita Zapata, no obstante, los cálculos poblacionales aportados

²⁹ En una nota dirigida en 1886 al cónsul de Paraguay en Rosario, Pedro Sánchez, Gabriel Carrasco le solicitaba en préstamo el libro de Pierre Daguin, *Traité élémentaire de physique théorique et expérimentale avec les applications a la météorologie et aux arts industriels*, que aquél poseía en su biblioteca. ARCHIVO DEL MUSEO HISTÓRICO PROVINCIAL JULIO A. MARC, Documentos manuscritos clasificados por legajos personales: Sánchez, Pedro.

³⁰ Esta obra fue actualizada y reeditada varias veces. GABRIEL CARRASCO, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe escrita para la exposición continental de Buenos Aires*, Rosario, Imprenta de Carrasco, 1882; *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe*, Rosario, Imprenta Carrasco, 1884; y *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe*, Buenos Aires, Imp. Stiller & Laass, 1886.

³¹ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 15.

³² Ibidem., p. 81.

³³ Ibidem., pp. 80, 104, 110-111, 154-157, 219 y 369.

³⁴ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 17.

por Félix de Azara (1797) y Larguía (1875), los datos del primer empadronamiento oficial de la provincia de Santa Fe (1858), y de los censos nacionales (1869 y 1895) y provincial (1887), agregando además las cifras suministradas por la oficina de estadística sobre los nacimientos, matrimonios y defunciones de 1898. Pero no es el suyo un estudio de tipo cuantitativo, sino fundamentalmente cualitativo, característica que puede sorprender en un escrito que estaba destinado a integrar un texto censal.³⁵

El plan de ambas obras es, asimismo, distinto, ya que si los *Anales* han sido organizados de acuerdo con un orden cronológico, *La ciudad de Santa Fe* se despliega a través de diversos núcleos temáticos, que se ocupan de los distintos aspectos poblacionales, edilicios, gubernativos, educativos, sanitarios, asociativos, etc., de la ciudad.

En cuanto al estilo, la obra de los Carrasco utiliza la forma concisa y árida de los anales y las efemérides; procura ser –según se ha indicado– una obra documentada, y da cuenta de sus fuentes de información. La obra de Floriano Zapata, en tanto, puede caracterizarse como un ensayo sin demasiadas pretensiones en cuanto a su exactitud histórica. No se preocupa por citar documentos ni fuentes bibliográficas –lo que hace en contadas ocasiones³⁶–, y se demora, en cambio, en recursos estilísticos que le confieren sentido literario y vuelven agradable su lectura:

Aquí se descubren islas magníficas adornadas con las verdes y agrestes galas de Silvano, y la mirada se dilata a placer contemplando los multiplicados arroyuelos de mansa linfa, que surcan ondulados como inquietas serpientes de plata, y en cuyas marginales aguas crecen primorosos nenúfares y abroqueladas ninfeáceas, como la *Victoria regia*, gala y esplendor de nuestra flora acuática.³⁷

Frente a la seriedad y precisión de los *Anales*, resalta el estilo libre y desenfadado de la obra de Zapata, que intercala en el texto versos y comentarios picantes:

La mayor parte de las gentes no se bañaba sino después del 8 de diciembre, época consagrada para chapuzarse en el río hombres y mujeres, en deliciosa promiscuidad, sin que hubiera necesidad de advertir al bello sexo lo que aconsejaba el piloto de la zarzuela *Marina*:

*no enseñes en la playa
la pantorrilla
que hay muchos tiburones
junto a la orilla;*

porque los *tiburones* no permanecían de impertinentes espectadores en la orilla como hoy, sino que se regodeaban dentro del agua nadando y zambullendo a lo somormujo [...] ³⁸

³⁵ LILIANA MONTENEGRO DE ARÉVALO, op. cit., p. 8.

³⁶ Al referir los milagros de la imagen de la Virgen de la Inmaculada Concepción que se venera en la iglesia de la Merced, por ejemplo, Zapata transcribe el acta testimonial elaborada por un escribano en 1636, y en otro apartado, copia uno de los acuerdos del cabildo, pero este tipo de referencias documentales son escasas en *La ciudad de Santa Fe*. FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 57-58 y 67-69.

³⁷ FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 7-8.

³⁸ *Ibidem.*, pp. 9-10.

Aunque se desconocen los motivos de la no inclusión del trabajo encomendado a Zapata en la obra del censo de 1895, puede aventurarse que no haya sido considerado apropiado por su estilo para una publicación oficial³⁹, un libro en el que se consignaban frases del siguiente tenor:

Como en materia de higiene y policía urbana se hallaba este pueblo bajo cero, respirábase una atmósfera polvorienta y masticable; brotaba la yerba y maleza con descarada lozanía, y cualquier recodo de pared servía de lugar a propósito para adoptar, en caso de necesidad, la postura de cuerpo en que el escudero del célebre Hidalgo de la Mancha, desaguó el miedo que le produjo el ruido de los batanes.⁴⁰

El estilo ameno y jocoso domina el relato, al que el mismo Zapata se encarga de negarle pretensiones de obra de envergadura. Y si en el título la define como “sinopsis”, más adelante le asigna el mero carácter de “deslavazados apuntes”.⁴¹

La ciudad antigua “moderna” y la ciudad nueva “con pasado”. Rosario y su mito de orígenes.

Los historiadores de las dos obras analizadas, realizan una operación historiográfica a fin de dotar a la ciudad de que se ocupan de la dimensión temporal que el imaginario social les ha marcado como una carencia: si a Rosario con frecuencia se la ha descalificado por carecer de “pasado”, a Santa Fe se la acusa de ser una ciudad detenida en el tiempo a la que le cuesta dirigirse al “futuro”. Por ello, tanto Carrasco como Zapata procuran subsanar esas carencias con argumentos de carácter histórico.

Zapata, bajo el título “Santa Fe antiguo y moderno”, se esfuerza por mostrar que la histórica ciudad de Santa Fe, de antiguos orígenes y rancia prosapia, ha adquirido una impronta moderna, a tono con los dictados de la época. Según afirma, “aunque dista mucho de ser modelo de urbanización, tiene todos los trazos y lineamientos de un pueblo de gran porvenir. Día a día se moderniza y aumentan más y más las mejoras edilicias [...]”. La estrategia de la que se vale Zapata, para demostrar la modernización que envuelve al presente, consiste en reforzar en primer lugar la idea de atraso en que se vivía tiempo antes, en un pasado próximo ya superado:

Ayer no más era este pueblo un pueblo moribundo, una sociedad inerte, pasiva, ajena a toda idea de progreso, donde se vivía en paz y en gracia de Dios, sin pensar en mañana [...]; un pueblo con costumbres uniformes como el movimiento de una rueda hidráulica [...]⁴²

La descripción, se extiende en las imágenes de abandono y pobreza que presentaba la ciudad: “La actual plaza de San Martín [...] era en aquellas calendas una laguna engendradora de sapos y de ranas, manida de patos y becacinas, en donde algunos vecinos se entregaban a los placeres

³⁹ LILIANA MONTENEGRO DE ARÉVALO, op. cit., p. 7.

⁴⁰ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 11.

⁴¹ Ibidem., p. 48.

⁴² Ibidem., pp. 8-9.

cinagéticos.”⁴³ Santa Fe tenía en aquellos años –recientes aunque de fecha incierta, ya que no aparecen referencias precisas- uno o dos hoteles “con modesta vajilla y más modesta comida”, tres sastrerías “de *media tijera*”, dos peluquerías “con sillas desvencijadas”, tres tiendas de géneros “promiscuamente barajados con artículos correspondientes a los ramos de almacén y ferretería, sin que al parecer cupiera incongruencia”, y algunos otros negocios más del mismo estilo, además de escasísimas escuelas “pequeñas y cerradas, sin luz y sin aire puro respirable, donde se ponía en práctica el descabellado proloquio de *la letra con sangre entra*”.⁴⁴

La precedente enumeración, sirve para marcar el contraste con la Santa Fe “moderna” del presente finisecular decimonónico en el que Zapata escribe:

Santa Fe tiene hoy peluquerías elegantes, iguales a las que se ven en ciudades encopetadas y de fuste; establecimientos industriales valiosos; farmacias de primer orden; tiendas lujosas con las últimas novedades y refinamientos de la moda; importantes casas mayoristas; almacenes de comestibles surtidísimos; bancos de descuentos, hipotecarios y agrícolas; talleres de muebles finos; librerías, imprentas, litografías, fábricas a vapor de diversa índole y naturaleza; telégrafos y teléfonos; casas de baños; clubs sociales, universidad, colegios, asociaciones recreativas y de protección mutua [...]; dos líneas de tramways que ponen en comunicación constante y rápida todos los puntos de la ciudad; dos grandes y hermosas estaciones ferroviarias, pertenecientes a las líneas francesa e inglesa [...]⁴⁵

Y en otro lugar del libro, agrega Zapata: “Y como población que vive y alienta en los oxigenados ambientes de la cultura moderna, dispone Santa Fe de seis talleres de imprimir”.⁴⁶

El efecto logrado en el lector es el esperado, ya que el contraste hace imaginar mentalmente una Santa Fe renovada, sin rastros del antiguo atraso. Algunos años antes que Floriano Zapata, Estanislao Zeballos también había trazado un parangón similar en *La región del trigo* –obra que Zapata conoce y cita en otra parte de su relato⁴⁷-, pero en el que hacía convivir a la “Santa Fe colonial” y a la “Santa Fe moderna”. Tal vez más sincero que Zapata, el escritor rosarino había sostenido que la ciudad capital se componía de “dos cuerpos”: “La ciudad primitiva, antigua, que se transforma lentamente, y la ciudad nueva, reciente, extranjera, iba a decir italiana”. La connotación atribuida por ambos autores a las dos Santa Fe es, asimismo, distinta. Porque si para Zapata la ciudad antigua era sinónimo de atraso, y la moderna, de elegancia y buen tono, para Estanislao Zeballos, la antigua era la Santa Fe distinguida y de abolengo, y la nueva, una agregación heterogénea y cosmopolita que aún no había logrado integrarse.⁴⁸

⁴³ Ibidem., p. 11.

⁴⁴ Ibidem., pp. 12-15.

⁴⁵ Ibidem., pp. 15-17.

⁴⁶ Ibidem., p. 110.

⁴⁷ En *La ciudad de Santa Fe* se reproduce la descripción hecha por Zeballos del convento de San Francisco. FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 42-45.

⁴⁸ ESTANISLAO ZEBALLOS, *La región del trigo*, Madrid, Hyspamérica, 1984, pp. 120-121.

La incorporación del elemento extranjero, que para Zeballos tanto tiene que ver con la imagen de la Santa Fe moderna –incluso en los aspectos negativos que la misma conlleva-, ve atenuada su influencia en la prosa de Zapata. Si para Gabriel Carrasco –según expresara en el censo provincial de 1887, del que fuera comisario general-, la antigua raza criolla, mezcla del español y del indio, estaba “siendo ventajosamente reemplazada por los hijos de europeos”, dando lugar a una “raza nueva y vigorosa que, en virtud de las leyes de la selección natural, posee las ventajas de sus progenitores, sin heredar sus inconvenientes”⁴⁹, para Floriano Zapata la mezcla de razas no llega al grado de desdibujar al tipo nativo ni desmerecer sus virtudes:

[Con la inmigración], el tipo criollo, castizo y tradicional, se ha modificado un tanto, así como también los antiguos usos y costumbres populares.

No obstante, todavía es fácil, a pesar de este mosaico cosmopolita, de este aluvión y promiscuidad de razas antípodas procedentes de la inmigración, determinar la idiosincrasia y peculiaridades características de los naturales de este suelo.

[...] moralmente considerados, obsérvese en ellos calidades nativas excelentes que no se han borrado aún bajo la acción anónima e invasora de la población extranjera.⁵⁰

En realidad, Zapata comparte con Gabriel Carrasco la idea de la fusión de razas que ha de operarse en la sociedad argentina. Pero si este último presenta en sus textos una imagen idílica del cuadro social y considera ya lograda esa fusión, tanto en los aspectos raciales como culturales, mostrando una excesiva confianza en la asimilación espontánea y rápida del elemento extranjero⁵¹, para Zapata esa fusión se dará de modo un tanto más paulatino.

Ahora bien, si en lo racial se avanza hacia la fusión, y en lo cultural perviven las antiguas costumbres y la idiosincrasia criolla, en lo social se experimenta un avance invasivo de la población de origen inmigratorio, que escala posiciones gracias a la movilidad social existente, dejando acorralada a la antigua clase patricia. Todos estos cambios, para Zapata, se producen por obra y gracia de la palabra mágica de la época, el progreso: “la ley del progreso que aquí como en todas partes se cumple incontrastablemente, nivelando los desequilibrios sociales”.⁵² Por ello, aún cuando hay cierto dejo de nostalgia al contemplar la desaparición de la Santa Fe antigua, ello es asumido y presentado como una consecuencia inevitable del bien ponderado progreso:

Las familias de origen colonial, ricas y empingorotadas; los herederos de aquellos hidalguillos y aventureros españoles [...], después de haber representado las glorias patrias, las virtudes, el saber y los merecimientos incontestables, [...] ceden el paso a las clases populares, que prosperan por el trabajo y se engrandecen por la ilustración.

⁴⁹ *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, 1887*, Tomo I, Libro I: Población, Buenos Aires, Peuser, 1888, p. LV.

⁵⁰ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 26.

⁵¹ MARÍA GABRIELA MICHELETTI, “Gabriel Carrasco frente al inmigrante: la confianza en la asimilación espontánea del elemento extranjero”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, N° 57, Buenos Aires, agosto de 2005.

⁵² FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 28.

La *sangre de buena ralea* se va, pues, y se va porque el porvenir pertenece a la democracia instruida y educada sin vanidades de genealogía [...] ⁵³

La operación puesta en marcha por Zapata para “modernizar” a Santa Fe alcanza su punto culminante cuando, olvidando aparentemente que quienes detentan los primeros lugares de la vida política y social de fin de siglo continúan siendo los López, los Crespo, los Cullen, los Echagüe, los Freyre y los Iriondo, entre otros apellidos tradicionales de la ciudad, sostiene:

Son hijos del pueblo, nacidos en humilde cuna, que han acrecentado su personalidad, porque han acrecentado su cultura intelectual, los que en esta vida novísima de Santa Fe prevalecen cuantitativa y calitativamente, alcanzando una primacía indisputada e indisputable en el gobierno de la sociedad, en la magistratura, en el foro, en el parlamento, en la prensa, en las diversas funciones políticas y sociales, impulsando y dirigiendo todas las fuerzas activas, influyendo en todas las manifestaciones de la vida pública y sobreponiéndose por sus propios merecimientos a las individualidades negativas que sólo se componen como las morcillas de carne y sangre. ⁵⁴

Con todo, y a pesar de la evidente intención de Zapata de mostrar a la ciudad de Santa Fe en sintonía con la Modernidad, en una oportunidad descuelga una crítica hacia el “industrialismo, que especula con todo”, y que ha impuesto en los cementerios el sistema de nichos a la manera de “biblioteca de cadáveres”. La “humanidad industrial va solamente a su interés”, se lamenta Floriano Zapata. ⁵⁵

Finalmente, emerge en el texto el alma de periodista de Zapata, y el autor atribuye a la labor civilizadora de la prensa los adelantos experimentados por Santa Fe:

[a la prensa] le debe [Santa Fe] una gran parte, la más principal sin duda, del civilizador adelanto moral y material que ha alcanzado.

Si la observamos en todas las épocas, [...] la veremos siempre en general echando al surco la semilla de las ideas, que otros han de ver desarrollarse y fructificar en provecho propio.

Gastadora consciente del progreso, ella ha franqueado el paso y allanado los obstáculos para que el pueblo de Santa Fe entre en las corrientes de una nueva vida y tome la parte que le corresponde en la opima mies de la civilización universal. ⁵⁶

Se ha indicado que así como Floriano Zapata procuró mostrar una ciudad de Santa Fe volcada al futuro, los *Anales* de Carrasco debieron retrotraerse en el tiempo para dotar a la ciudad de Rosario de pasado. Son dos los momentos históricos que Gabriel elige para realizar esa construcción historiográfica que “inventa una tradición” para la aldea de oscuros orígenes y antigüedad incierta. ⁵⁷ Uno, ubicado hacia 1725, es un motivo tomado del relato del primer

⁵³ Ibidem., p. 29.

⁵⁴ Ibidem., p. 30.

⁵⁵ Ibidem., p. 97.

⁵⁶ Ibidem., p. 134.

⁵⁷ Como señalan Hobsbawm y Ranger, aunque haya una referencia al pasado histórico, la peculiaridad de las tradiciones “inventadas” es que la continuidad con el mismo es en gran parte ficticia; es decir, ellas son respuestas a

historiador rosarino, Pedro Tuella.⁵⁸ “Con el sentimiento de no encontrar las luces” que quisiera en el pasado de Rosario, Tuella pone al tanto de un tal Francisco de Godoy, amigo de los indios calchaquies, a quienes aquél instaló en las tierras de Rosario a fin de librarlos de la guerra que les hacían los guaycurúes: “D. Francisco de Godoy se vino con ellos, y con su familia, a quienes siguió la casa de su suegro que se llamaba D. Nicolás Martínez. Este fue el principio de este pueblo [...]”⁵⁹ De modo que en la relación de Pedro Tuella, Rosario resulta teniendo “fundador”, sentándose así una tradición que llegó a suscitar una polémica en ámbitos historiográficos y ciudadanos cuando, en 1925, las autoridades municipales y un sector de la elite local decidieron celebrar el bicentenario de la “fundación” de la ciudad.⁶⁰

Gabriel Carrasco asume esta referencia por cierta y establece la fundación de Rosario en un “día incierto” de 1725, basado en un juicio de autoridad –la credibilidad de Tuella como vecino de Rosario desde 1759-, aún cuando en sus exploraciones padre e hijo no hayan dado con documento alguno que pruebe la existencia de Francisco Godoy:

En cuanto a Godoy, debemos confesar que hasta ahora, no hemos encontrado dato auténtico alguno; presentado por Tuella como fundador del Rosario, le queda esta gloria por ese sólo testimonio.

En cambio, resulta comprobado que muchas personas de su apellido, y seguramente de su familia, existieron en los primeros tiempos de la fundación, y muy especialmente el capitán Nicolás Martínez, que era su suegro, según lo declara Tuella en su relación histórica.⁶¹

Es más, aún sin haber podido probar su existencia, en los *Anales* se sostiene que “el fundador de Rosario, don Francisco de Godoy, era miembro de una familia ilustre cuyo apellido contaba hacia la época de la fundación muchos personajes notables en el Río de la Plata.” Así, se establece su supuesta filiación respecto del general Antonio de Godoy, gobernador de Santa Fe

situaciones nuevas que toman la forma de referencia a viejas situaciones. En este proceso, la historia cumple un rol fundamental, ya que en el caso de la invención de tradiciones ella no es lo que se ha conservado efectivamente en la memoria popular, sino lo que ha sido seleccionado, escrito, dibujado, popularizado e institucionalizado por aquellos que tenían la función de hacerlo, o sea los historiadores. ERIC HOBSBAWM Y TERENCE RANGER (EDS.), *The invention of tradition*, Cambridge University Press, 1999, pp. 2 y 13.

⁵⁸ En un pasaje de los *Anales*, empero, se considera como primer historiador rosarino a Ulrico Schmidel, ya que residió en el fuerte de Corpus Christi, localizado en la zona en la que luego se levantó la ciudad. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 86-87.

⁵⁹ PEDRO TUELLA, op. cit., Tomo III, N° 15, domingo 11 de abril de 1802, p. 221.

⁶⁰ La celebración del bicentenario se llevó adelante, a pesar de que las opiniones eruditas –entre ellas, la de la Junta de Historia y Numismática- negaron asidero a la fecha de 1725. Posteriormente una serie de trabajos aparecidos durante la década del ‘60 en la *Revista de Historia de Rosario*, y la transcripción por parte de Wladimir Mikielievich –director de esta revista- de documentos relativos a los calchaquies contenidos en el Archivo General de Indias de Sevilla, permitieron demostrar que la crónica de Pedro Tuella contiene un fondo importante de verdad. MARIO GLÜCK, “Juan Álvarez y la consagración historiográfica de un mito de orígenes para Rosario: *La Hija de su propio esfuerzo*”, en ALICIA MEGÍAS ET AL., *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*, Rosario, UNR Editora, 2010, pp. 164-168; y SANTIAGO JAVIER SÁNCHEZ, “Los intelectuales de Rosario y la construcción de un mito local”, *II Jornada académica de discusión de avances de investigación en Historia Argentina: fuentes, problemas y métodos*, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, UCA, Rosario, 31 de octubre de 2008 (en CD).

⁶¹ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 60.

en 1674.⁶² Se realiza, asimismo, un relevamiento de todos los miembros de la familia Godoy que figuran en los libros parroquiales entre 1731 y 1760. El misterioso Francisco de Godoy no aparece en ellos, lo que es justificado en los siguientes términos: “D. Francisco de Godoy se ausentó probablemente del Rosario, poco después de fundado, pues si hubiera vivido muchos años allí, habría asistido a algún acto de que quedara constancia en los libros parroquiales.”⁶³ Nos encontramos aquí, frente a la construcción de un mito de orígenes para Rosario, iniciado por Tuella y reelaborado por Eudoro y –sobre todo- Gabriel Carrasco, a partir de la aportación de nuevos datos en base a su requisita documental.⁶⁴

Pero entonces, Gabriel Carrasco se retrotrae a un segundo momento histórico, y en pleno siglo XVI cree encontrar los antecedentes de la ciudad. Dos fechas, la fundación de los fuertes de Sancti Spiritus por Sebastián Gaboto en 1527, y de Corpus Christi por Juan de Ayolas en 1535 (sic, en realidad, 1536) –ubicados ambos en la región del sur santafesino en la que se asienta Rosario-, sirven para prolongar hacia atrás la historia rosarina hasta la épica época de la conquista: “Los territorios en que después había de levantarse la gran ciudad del Rosario resultan, así, haber sido elegidos por los primeros descubridores para asiento de sus conquistas.”⁶⁵ A través de esta estrategia, la aldea sin pasado se ve coronada por el título de primer asentamiento español en el Río de la Plata, aquel que diera origen, nada menos, que “al nacimiento de las tres repúblicas del Plata”.⁶⁶ Dos fechas más agrega Carrasco: 1546 y 1573, años en los que Francisco de Mendoza –uno de los conquistadores del Perú-, y Jerónimo Luis de Cabrera –el fundador de Córdoba-, respectivamente, llegaron hasta el lugar en el que había estado Sancti Spiritus, de modo que Rosario habría sido también el sitio de convergencia de las corrientes colonizadoras del este y del norte. Cabe aclarar, tampoco en estas referencias es del todo original Gabriel Carrasco, ya que el mismo Pedro Tuella había mencionado la fundación de Sancti Spiritus en las tierras próximas a aquellas en las que años después se levantaría el poblado, lo mismo que la posterior llegada de Francisco de Mendoza. También Estanislao Zeballos, en su libro sobre la provincia de Santa Fe, había mencionado como antecedentes de Rosario las fundaciones de los dos fuertes, aún cuando había dado un alcance provincial, y no tan sólo local, al hecho destacable de haber sido esa la primera tierra argentina poblada por la conquista.⁶⁷ Pero Gabriel Carrasco va más allá, al incorporar estos sucesos a la historia misma de la ciudad: desde un comienzo, el título de la obra anuncia que los “Anales de la ciudad del

⁶² Ibidem., pp. 60-61.

⁶³ Ibidem., p. 63.

⁶⁴ Un análisis pormenorizado de la configuración de un mito de orígenes y de una identidad local para Rosario en las obras de Pedro Tuella, Estanislao Zeballos, y Eudoro y Gabriel Carrasco, en: SANTIAGO JAVIER SÁNCHEZ, op. cit.

⁶⁵ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 74.

⁶⁶ Ibidem., p. 73.

⁶⁷ ESTANISLAO ZEBALLOS, op. cit., pp. 39-40.

Rosario” se inician en 1527; además, con la fecha de la fundación del fuerte de Corpus Christi, se encabeza el listado de los “aniversarios notables del Rosario” al que se ha hecho alusión más arriba. El mito de orígenes se ve así reforzado, al moverse el momento fundacional de Rosario al período histórico en el que se producían las fundaciones de las más antiguas ciudades argentinas, y al remarcarse la participación en el mismo de destacados colonizadores. De suerte que, a falta de un fundador y acta de fundación, Rosario habría tenido varios “fundadores”.

Finalmente, los mismos autores de los *Anales* se hacen protagonistas en la aportación de elementos, que contribuyen a consolidar el mito de orígenes que instituye un pasado con prosapia para Rosario. Como explica Gabriel Carrasco, “ha sido costumbre, desde tiempo inmemorial, que cada ciudad tuviera su escudo de armas, dado unas veces por sus reyes y tomados otras de sus más grandes y gloriosos acontecimientos históricos”. Rosario, empero, permanecía sin escudo y fue entonces Eudoro Carrasco quien –siendo miembro de la municipalidad- le diseñó uno en 1862, otorgándole así el distintivo de nobleza que le faltaba. Aún cuando este escudo está inspirado en la gesta independentista (la creación de la bandera nacional) y en las actividades productivas en las que se basa la economía rosarina (el comercio y la agricultura), en lugar de remitir a la época heroica de la conquista, y no incluye ninguno de los símbolos tradicionales de la heráldica, Gabriel lo define como “el más conceptuoso, sin duda, que existe en nuestro país”.⁶⁸

Imágenes y mitos urbanos

Al publicar los *Anales*, Gabriel Carrasco manifiesta que procura “salvar del olvido” la historia de los “modestos orígenes e infatigables obreros” de Rosario.⁶⁹ Con esas breves palabras, condensa una idea que se convertirá en una de las imágenes más estereotipadas de la ciudad, fijada como puede advertirse por la historiografía ya desde el siglo XIX y consagrada por la obra canónica sobre Rosario publicada en 1943 por Juan Álvarez⁷⁰: la de la pequeña aldea que se hizo a sí misma gracias al esfuerzo de sus habitantes. Todos los rosarinos pueden sentirse partícipes de esa gesta, ya que no se le debe la grandeza de la urbe a personalidades ni a sucesos destacados y, menos aún, al favor de los poderes públicos:

Asistimos así, con la lectura de esas efemérides, a la formación, desarrollo y crecimiento de lo que es hoy una gran ciudad, muchos de cuyos hijos encontrarán en ella el nombre de sus antepasados, que con su labor asidua, o con sus servicios brillantes o modestos, contribuyeron al engrandecimiento de este pueblo.⁷¹

⁶⁸ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 545 y 549.

⁶⁹ Ibidem., p. 11.

⁷⁰ MARIO GLÜCK, op. cit., pp. 163-196.

⁷¹ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 10.

Otra idea que recorre transversalmente a ésta como a las demás obras de Gabriel Carrasco, derivada del clima positivista finisecular y su confianza en el progreso indefinido, es la que remite al mito del destino de grandeza que espera a la Argentina, en general, y a la región santafesina en la que se asienta Rosario, en particular. Para los autores de los *Anales*, Rosario se perfilaba hacia el final del siglo XIX, como “destinada a convertirse en una de las más grandes capitales del mundo americano.”⁷² Este es un mito que, a la manera alberdiana, sienta sus bases sobre la conjunción de dos variables, consideradas a la vez necesarias y suficientes, para que ese destino se cumpla: las condiciones excepcionales del suelo y el factor humano aportado por la inmigración: “Todo indica en Santa Fe un país naciente y rico en los dones de la naturaleza, y que sólo necesita el trabajo del inmigrante europeo para recompensarlo ampliamente de sus fatigas.”⁷³ Nos encontramos aquí frente a otro mito, el de la excepcionalidad santafesina. Frente a las condiciones naturales, el éxito está asegurado desde un principio y se cumple de manera inexorable: “Tan notables condiciones topográficas, indicaban que aquel sitio debía ser utilizado por el hombre y convertirse en un gran emporio de población y progreso. Así aconteció.”⁷⁴

La convicción en el “destino manifiesto” de Rosario, que la conduce a convertirse en una gran urbe, descansa, según el texto firmado por Eudoro Carrasco en la versión de 1877, en una concepción providencialista de la historia, que asume que dicho destino se ha de alcanzar incluso por medio de la intervención de factores sobrenaturales. En los *Anales*, explica Eudoro, se han de consignar los hechos

[...] más prominentes, que han tenido lugar en la ciudad del Rosario, o que se han relacionado íntimamente con ella, ya promoviendo su adelanto, ya interrumpiéndolo con acontecimientos remarcables de que providencialmente ha salido airosa y triunfante, como indicio del porvenir que el destino señala a un gran pueblo.⁷⁵

La idea de la intervención de Dios en el curso de la Historia –también presente en el relato de Tuella-, se refuerza en otra frase: “al abrir Colón de par en par las puertas del nuevo mundo, ha llenado una misión providencial, enseñando el camino de la América, que el Omnipotente creó para trasplantar la civilización de la Europa, que con su riqueza ha fomentado”.⁷⁶

El hijo de Eudoro, aunque ferviente católico, parece distanciarse de su padre en esta representación providencialista de los acontecimientos pasados. La influencia del positivismo finisecular, como se ha visto, le ha hecho privilegiar la importancia de las leyes de la naturaleza como causa del engrandecimiento rosarino, y el objetivo de dar visos de científicidad a su obra lo

⁷² Ibidem., p. 81.

⁷³ Ibidem., p. 17.

⁷⁴ Ibidem., p. 82.

⁷⁵ Ibidem., p. 13.

⁷⁶ Ibidem., p. 14.

hace desprenderse de los mitos religiosos que rodean al origen y desenvolvimiento de la antigua aldea. Gabriel no se hace eco de los sucesos portentosos que relatara Tuella en relación con la protección que la Virgen del Rosario parecía prodigar sobre el poblado y sus habitantes, y al mencionar sólo uno de esos prodigios, que le ha sido relatado por Felisa Juárez de Zeballos – madre de Estanislao-, lo califica como “creencia popular” o “tradición”, agregando con aire de superioridad: “Es así como se forman las leyendas que en el futuro sintetizan los recuerdos piadosos del pueblo, que une casi siempre lo sobrenatural a todos los acontecimientos.”⁷⁷

Otro mito urbano o leyenda popular, procura desmitificar asimismo Gabriel Carrasco. Éste se relaciona con la legendaria figura de Juan Cuello, bandido que para el momento en que se publican los *Anales* ha adquirido fama, gracias a la pluma consagratoria de Eduardo Gutiérrez.⁷⁸ Los dramas criollos de gauchos valientes que desafían a las autoridades, que escribe Gutiérrez y el circo de José Podestá representa de manera pantonímica, han adquirido gran popularidad para el final del siglo XIX, con la consiguiente alarma de la elite dirigente.⁷⁹ Carrasco hace su aporte por medio de la transcripción de un documento de 1850 en el que se describía al criminal, y procura mostrarlo como un bandido común de malas costumbres, sin rastro digno de admiración:

El vulgo contaba de Cuello raros lances de atrevimiento y coraje, muchos de ellos que carecían de verosimilitud. [...]

Se creará exageración que un criminal de tan baja esfera llamase tanto la atención, pero debe tenerse en cuenta que en aquel tiempo era muy difícil faltar al más insignificante reglamento, sin que la pena, y muy severa, recayese en el culpable.

[...] júzguese cuál sería el asombro de que hubiese un individuo que no se podía aprehender, y compréndase hasta dónde irían las consejas y anécdotas, ya exageradas, ya supuestas, del legendario Juan Cuello!⁸⁰

En *La ciudad de Santa Fe*, en tanto, Floriano Zapata despliega con voluntad justificatoria la explicación repetida del motivo por el cual los fundadores de Santa Fe eligieron un sitio fácilmente inundable, debido a que privilegiaron el factor defensivo:

Es incuestionable que los fundadores de Santa Fe, que poco entendían, por otra parte, de la elección científica de localidades ventajosas, tuvieron en cuenta, ante todo, al ocupar esta región, la circunstancia de ser ella apropiada, bajo el punto de vista estratégico, para servir de abrigo y antemural a las acometidas de las tribus aborígenes que habitaban entonces las comarcas circunvecinas.⁸¹

⁷⁷ Ibidem., p. 211.

⁷⁸ CARLOS RODRÍGUEZ MCGILL, “Los folletines gauchescos de Eduardo Gutiérrez: transculturación modernizante gaucha y la aculturación del inmigrante”, *Delaware Review of Latin American Studies*, University of Delaware, Vol. 4, N° 1, 15 de febrero de 2003.

⁷⁹ A mediados de 1893, fueron prohibidos los dramas criollos por la intendencia de la ciudad de Rosario, dado que incitaban al pueblo –se adujo- a levantarse en contra de las autoridades. *La Capital*, Rosario, s/f, julio de 1893.

⁸⁰ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 236-237.

⁸¹ FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 6-7.

También aparece en el libro de Zapata la imagen del santafesino como un pueblo de costumbres religiosas, una característica que en verdad distingue a la elite que gobierna desde la capital provincial y la mantiene al margen de la tónica impresa al conjunto de la dirigencia argentina por el clima positivista de fines del siglo XIX.⁸² En la sociedad santafesina decimonónica, era de “buen tono” hacer manifestación pública de fe religiosa y algunas instituciones eclesiales, como la Congregación de Nuestra Señora de los Milagros, la Tercera Orden Franciscana y la Orden Dominicana, estuvieron integradas por los principales exponentes de la vida política y social de la ciudad, así como por sus esposas.⁸³ Zapata, sin embargo, no deja demasiado bien parada a la sociedad santafesina en este aspecto, ya que a su entender practicaba la religión sólo en lo formal y exteriorizable. Según Zapata, los santafesinos eran:

[...] religiosos, cuando menos en apariencia [...]; sumisos a las potestades encargadas de velar por la pureza y santidad del dogma, pero con poquísima vocación y sin ningún estro interno para el apostolado y mucho menos para el martirio, por más que oigan misa los días de precepto, ayunen en cuaresma, asistan a los sermones y a las 40 horas y se confiesen siquiera una vez por año [...]⁸⁴

Por otra parte, la religiosidad de la ciudad capital, que ha quedado plasmada en el aspecto edilicio, se va apagando debido a la modernización. Sus templos –a cuya descripción Zapata dedica más de treinta páginas- son de factura modesta y carentes de “bellezas monumentales y suntuosidades artístico-arqueológicas”, pero poseen “el mérito histórico y religioso, en cuanto encarnan y representan el espíritu y la índole de los tiempos del Santa Fe antiguo, del Santa Fe que se va.”⁸⁵ De todos modos, la imagen de la ciudad de Santa Fe como una ciudad de espíritu religioso –aún cuando esa característica se vaya perdiendo- está bien presente en la obra de Zapata: “De aquí, pues, que los templos que hoy contemplamos, de ancianidad venerable y contruidos bajo el pie de una arquitectura informe y tosca, constituyan para este pueblo el abolengo de su fe y simbolizen la áurea cadena de sus tradiciones religiosas.”⁸⁶

Vinculada a la imagen de religiosidad, se halla también presente en la obra de Zapata la idea de la íntima relación entre religión y cultura en la América colonial. Aún cuando el autor sostiene que “imposible es señalar con precisión el origen de la instrucción pública en Santa Fe”, entiende pertinente afirmar que “es indudable que sus primeros gérmenes se manifestaron en la enseñanza que se daba en los conventos a los niños”. Así se despliega el mito de la misión

⁸² A diferencia de la ley nacional 1420 de educación común, gratuita y laica, por ejemplo, las leyes de educación de la provincia de Santa Fe establecían la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas oficiales.

⁸³ MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H.), *Santa Fe en la transformación argentina. El poder central y los condicionamientos políticos, constitucionales y administrativos en el desarrollo de la provincia. 1880-1912*, Rosario, Museo Histórico Provincial Dr. Julio Marc, 2001, pp. 409-410.

⁸⁴ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 26.

⁸⁵ Ibidem., p. 33.

⁸⁶ Ibidem., p. 34.

civilizadora de la Iglesia en América: “De suerte que, puede decirse, fueron los frailes los que con el nombre de Jesús por bandera, dieron a este pueblo, como a tantos otros, las primeras lecciones de cultura, derramando sobre su espíritu las aguas del bautismo intelectual [...]”⁸⁷ Si bien es cierto que la Iglesia católica desempeñó en América un papel de primer orden en materia de educación y difusión de la cultura, la afirmación de Zapata aquí funciona a la manera de mito, ya que no es cotejada con documentos. Por el contrario, si nos atenemos a lo sostenido por Ramón Lassaga en *Tradiciones y recuerdos históricos* (1895), publicado cuatro años antes de que Zapata editara su libro⁸⁸, poco después de verificarse la fundación de la ciudad por Juan de Garay funcionaba ya una escuela bajo la dirección del maestro Pedro de Vega.⁸⁹

Otra imagen sobre los santafesinos que aparece en *La ciudad de Santa Fe*, es la de su inclinación a la política –y al politiquero- y su dedicación a la función pública. Los santafesinos, escribe Zapata, son “algo tornadizos y maleables, de versatilidad mariposeante y de mucha recámara, con atisbos de listos y diestros para mangonear en la estrategia política”.⁹⁰ Las generaciones jóvenes, escapan a los oficios que antaño ejercían sin avergonzarse, y “limitan su misión a vegetar en las oficinas públicas”.⁹¹ Esta idea de la ciudad capital burocrática ha quedado cristalizada en el imaginario social como contrapuesta a la idea de Rosario-factoría, y ha sido alimentada por la prensa y la historiografía rosarinas, que han insistido en la imagen de una ciudad volcada al trabajo manteniendo una capital provincial improductiva.

Finalmente, asoma en el texto de Zapata el mito de una sociedad santafesina de raza blanca, mito impuesto por el liberalismo argentino decimonónico y fomentado al calor de las campañas contra el indio llevadas adelante en los territorios del sur provincial y del Chaco santafesino. Así como la expresión “conquista del desierto” hace imaginar un territorio vacío y sin habitantes y desvanece la presencia indígena, Zapata sostiene:

La masa popular se compone en su gran mayoría de blancos, que es la raza de la civilización y del perfeccionamiento, porque es la raza en que está encarnada la idea de la libertad en lo político, el sentimiento de la belleza en el arte y la idea del cristianismo en lo religioso, habiendo desaparecido casi totalmente de este suelo los negros y los zambos.

De los indios pertenecientes a la raza autóctona, inculta y salvaje, quedan ya poquísimos ejemplares; su tipo se ha alterado por hibridaciones y cruzamientos sucesivos, revelándose solamente en el color de la tez y en ciertos rasgos fisiognómicos, su alcurnia indígena.⁹²

⁸⁷ Ibidem., p. 73.

⁸⁸ Zapata conocía el libro de Lassaga, ya que lo utiliza como fuente de información para el apartado sobre heráldica que incluye en su sinopsis. Cf. RAMÓN LASSAGA, *Tradiciones y recuerdos históricos*, Santa Fe, Fondo editorial de la provincia de Santa Fe, 1992, pp. 460-462, y FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 129.

⁸⁹ RAMÓN LASSAGA, op. cit., pp. 129-140.

⁹⁰ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 27.

⁹¹ Ibidem., p. 39.

⁹² Ibidem., p. 27.

Estos asertos se encontraban respaldados por las publicaciones estadísticas, que directamente ignoraban la presencia indígena. En el censo provincial de 1887, su director y comisario general, Gabriel Carrasco, había señalado como territorio “despoblado” al extenso distrito Calchaquí (ubicado en el NO provincial, dentro del departamento La Capital), por lo que no fue incluido dentro de los resultados censales.⁹³

De héroes y ciudadanos ilustres

Como “santafesinos ilustres”, Floriano Zapata distingue a: Francisco Javier de Echagüe y Andía, en quien resalta su campaña contra los indios del Chaco y su rectitud como gobernante; Juan Baltasar Maciel, por sus dotes intelectuales; los jesuitas Francisco Javier de Iturri y Buenaventura Suárez, por su sabiduría y sus aportes al conocimiento; Francisco Javier de Echagüe, consejero de San Martín en Lima; Antonio Candiotti, por su apoyo material a la causa revolucionaria y su prudencia como gobernante; Mariano de Vera, por defender valientemente la autonomía de la provincia; Bernardo de Vera y Pintado, como hombre de letras; Martín Orjera, como distinguido orador parlamentario y periodista; Gabriel Fernández Valdivieso, por ser propagandista de los principios de 1810; Manuel Joaquín de Valdivieso y Maciel, ministro de la Corte Suprema de Chile; José de Amenábar, sacerdote virtuoso; Estanislao López, patriarca de la federación; Juan Caneto, como canonista; Juan Francisco Seguí padre, por sus servicios a la provincia; Juan Francisco Seguí hijo, por su participación como constitucionalista; Domingo Crespo, por su gobierno ecuánime; José María Cullen, por su respeto a las instituciones como gobernante; Urbano de Iriondo, el cronista de Santa Fe; Mariano Cabal, por su sencillez; y Simón de Iriondo, por su afabilidad y generosidad. Esta larga nómina incluye a hombres de acción y hombres de letras, oriundos de Santa Fe, que sobresalieron a lo largo de tres siglos de historia santafesina. Varios de ellos fueron biografiados por el historiador Ramón Lassaga y reivindicados como hombres notables de Santa Fe.

También en el libro de los Carrasco se incluye un apartado dedicado a “antiguos pobladores, autoridades y vecinos notables de los territorios en que actualmente se encuentra el Rosario”. Lo primero que llama la atención, es la apropiación y capitalización para la ciudad, de personajes del pasado hispano-colonial, que ni nacieron ni estuvieron vinculados al pasado rosarino propiamente dicho, pero que la operación historiográfica realizada en los *Anales* a través de la construcción de mitos fundantes ha posibilitado a Carrasco ligarlos a la historia de la

⁹³ *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, 1887*, Tomo I, Libro I, op. cit., p. XLI. Realizada en 1890 una subdivisión departamental y creado el departamentos Vera sobre la base del distrito Calchaquí, fue necesario levantar un censo complementario, en 1892, también por Gabriel Carrasco, destinado a censar ese territorio que había quedado sin registros, para dar cuenta de la población blanca que se había radicado en los últimos años aprovechando las nuevas condiciones creadas a partir de las campañas militares contra los aborígenes.

ciudad. De esta manera, en dicha nómina quedan incluidos Sebastián Gaboto, Diego de Bracamonte, Nuño de Lara, Lucía Miranda, Juan de Ayolas, Ulrico Schmidel, Pedro de Mendoza, Diego de Abreu, Domingo Martínez de Irala y Jerónimo Luis de Cabrera, entre otros, junto al nombre de los primeros pobladores del Rosario, como el capitán Luis Romero de Pineda, Juan Gómez Recio, el mítico “fundador” Francisco Godoy, el presbítero Diego de Leyba, el primer cura párroco Ambrosio de Alzugaray, Domingo Correa, el capitán Santiago Montenegro, el historiógrafo Pedro Tuella, etc.

Gabriel Carrasco incluye, además, una genealogía de las principales familias fundadoras del Rosario –confeccionada a partir de los datos contenidos en los libros parroquiales-, la cual es una manera de dotar a la ciudad “sin prosapia” de una clase patricia. Cuatro, son las familias que en los *Anales* se considera como fundadoras de Rosario: Godoy, Martínez, Gómez Recio y Montenegro. Los enlaces entre estas familias, y con otras, formaron el primer núcleo poblacional de la futura ciudad. De épocas posteriores, se menciona como ciudadano ilustre a Vicente Anastasio Echevarría, figura destacada del período independentista. Pero son sobre todo las listas de autoridades municipales, intercaladas de continuo, y las referencias a distintos vecinos espectables de la ciudad, las que contribuyen a crear la imagen de una ciudad forjada por muchos, sin figuras excesivamente deslumbrantes ni personalidades excluyentes.

Caseros: el antes y el después de la historia argentina

Gabriel Carrasco y Floriano Zapata comparten una visión de la historia argentina construida desde la óptica de la provincia de Santa Fe. La interpretación del pasado nacional no puede escapar en ellos al tamiz del contexto provincial. Por ello, antes que Mayo –que no significó modificación alguna en la situación de atraso en la que sobrevivían las ciudades biografiadas-⁹⁴, es Caseros la fecha que marca un antes y un después en el devenir de ambas ciudades. El espectacular despegue económico alcanzado por la provincia santafesina a partir de su adhesión al modelo agroexportador, con la apertura de los ríos, el movimiento de los puertos, la colonización agrícola y la llegada masiva de inmigrantes, es advertido por los autores de las obras analizadas como el punto de inflexión de la historia argentina.

Floriano Zapata se refiere en los siguientes términos a “la nueva era que se abrió para la República después de la batalla de Caseros”: “Con la organización nacional vino el desarrollo del comercio y de la agricultura, tan descuidados en los ásperos tiempos pasados, durante los

⁹⁴ Los *Anales* de Carrasco, al circunscribirse a los sucesos acontecidos dentro de los límites de Rosario, la única referencia histórica que incluyen para el año de 1810 es la bendición del nuevo cementerio por el cura párroco, en abril de ese año. Recién en febrero de 1812, con la llegada de Belgrano al poblado y la creación de la escarapela y la bandera nacional, aparece la primera alusión indirecta al cambio de gobierno que ha tenido lugar en el Río de la Plata. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 133-141.

cuales el hijo de Santa Fe sólo se preocupaba de asuntos de guerra.”⁹⁵ En rigor de verdad, Zapata, al igual que otros historiadores oriundos de Santa Fe⁹⁶, destacan como una época de apogeo económico y comercial –dentro de la austeridad propia del período colonial- aquella en la que Santa Fe fue puerto preciso de todos los buques que remontaban el Paraná. Mientras duró ese privilegio, entre 1662 y 1780, “Santa Fe prosperó en todo sentido”. Pero al perderlo, “menguó sensiblemente su crecimiento comercial, iniciándose desde luego una larga depresión y decadencia que no tuvo término hasta los venturosos días después de Caseros, en que fue proclamada la libre navegación de los ríos.”⁹⁷ Todavía debieron pasar varios años, empero, para que su comercio saliera de la postración en la que se encontraba, y fue aproximadamente a partir de 1862, que el movimiento comercial cobró un incremento considerable, en buena medida gracias a la salida de la producción proveniente de las colonias agrícolas.

El antes y el después de Caseros, para Rosario, es más categórico aún, porque ni siquiera conoció algún período de prosperidad durante los largos años de la dominación hispánica. A pesar de las inmejorables condiciones geográficas, “aquel absurdo régimen esteriliza todas las iniciativas, y convierte en casi inútiles las ventajas naturales de la ubicación”. Tampoco la revolución de mayo, continúan los *Anales*, representa un cambio de significación: “Llega, por fin, el nuevo siglo, y con él la era de la independencia; la aldea recibe su bautismo de gloria por la mano de Belgrano, pero antes de que la nueva vida se desarrolle, comienza la época nefanda de la guerra civil.”⁹⁸ De 1823 a 1851, Gabriel Carrasco contextualiza un “período de transición” en el que Rosario “no está oprimido ya por las tenazas del régimen colonial, pero tampoco goza de los beneficios de la libertad”. Han terminado “las grandes borrascas de la guerra civil”, y a Rosario le llega “una época de relativa calma” en la que comienza a progresar, le es concedido el honroso calificativo de Villa ilustre y fiel, y se le nombra un juez de paz en reemplazo del alcalde. El comercio empieza a desarrollarse, “aunque muy lentamente todavía, porque su gran río permanece cerrado para la navegación de los buques extranjeros”.⁹⁹

Es en 1852 cuando se inaugura “una nueva época” y, con ella, el espectacular despegue de Rosario, gracias a la apertura de la navegación de los ríos, el otorgamiento a la villa del título de ciudad, y la inyección en sus venas de “la sangre vigorosa de la inmigración extranjera”. “La aurora de Caseros disipa las sombras de la tiranía política y económica que envolvían al Rosario.” La “ley de la naturaleza” puede comenzar a cumplirse, y Rosario, con su “puerto

⁹⁵ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 18.

⁹⁶ RAMÓN J. LASSAGA, “Francisco Javier Echagüe. 1693-1742”, *Revista Argentina*, N° 3, agosto de 1891, pp. 233-234.

⁹⁷ FLORIANO ZAPATA, op. cit., pp. 107-108.

⁹⁸ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 82-83.

⁹⁹ *Ibidem.*, p. 175.

natural”, se convierte en “el puente de intercambio de las once provincias del interior”, beneficiada por la ley de derechos diferenciales.¹⁰⁰ El progreso rosarino se personaliza en la figura de Justo José de Urquiza, que creó las condiciones para el engrandecimiento de la ciudad.¹⁰¹ Esta representación del pasado que enuncia Gabriel Carrasco, que marca en 1852 la línea divisoria de la historia de Rosario, sería condensada en magistral síntesis años más tarde por Juan Álvarez: “El pasado rosarino muestra con claridad dos grandes períodos: con río cerrado al comercio exterior, pobreza y atraso; con río abierto, prosperidad y cultura.”¹⁰²

Los *Anales* se cierran al llegar a “la ciudad contemporánea”, enmarcada entre la instalación de la municipalidad en 1860 y el inicio de la guerra con Paraguay en 1865.¹⁰³ El inicio de la construcción del ferrocarril Rosario-Córdoba simboliza el progreso alcanzado. Además, Rosario entra “en un período de actividad especial, originada por las necesidades de proveer al ejército.” Gabriel Carrasco explica la elección de la fecha de 1865 para dar fin a la narración: “este acontecimiento marca una nueva etapa en la historia del Rosario: con él termina el período de su fundación, desarrollo y consolidamiento, para entrar en el de su engrandecimiento comercial y urbano”.¹⁰⁴ El preanunciado destino de grandeza parece ya cumplido.

Rosario y la mirada hacia el “norte”, Santa Fe y el desconocimiento del “sur”

Floriano Zapata alude al localismo que caracteriza a los santafesinos, comparable por lo profundo a un sentimiento cuasi religioso: “Aman con entusiasmo su tierra y la ensalzan con ponderación hiperbólica, llevando la religión de los recuerdos y el culto de sus antepasados, hasta tocar las fronteras del fetichismo.”¹⁰⁵

En relación con ese sentimiento localista –del cual el autor entrerriano radicado en la ciudad de Santa Fe, aún cuando lo percibe, parece no poder escapar-, casi no hay referencias a Rosario, ni a otras localidades de la provincia, en la obra de Zapata. Sólo cuatro veces es mencionada la ciudad sureña¹⁰⁶, pero muy de paso, y no son alusiones a la ciudad en sí, sino meras menciones con relación a otras cuestiones. Santa Fe aparenta ser una ciudad autosuficiente, de fuerza centrípeta, que se basta a sí misma, que posee la tradición histórica, la sede de gobierno¹⁰⁷, y una sociedad relativamente homogénea e integrada. A despecho de la

¹⁰⁰ Ibidem., pp. 255-256 y 441.

¹⁰¹ Ibidem., p. 437.

¹⁰² JUAN ÁLVAREZ, *Historia de Rosario*, Buenos Aires, Imprenta López, 1943, p. 14.

¹⁰³ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., p. 441-442.

¹⁰⁴ Ibidem., pp. 647-648.

¹⁰⁵ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 26.

¹⁰⁶ Ibidem., pp. 64, 71, 82 y 101.

¹⁰⁷ “Como centro de acción de los poderes constitucionales de la provincia, contiene Santa Fe en su recinto los principales establecimientos de la administración pública. En su rango de capital, tiene la casa de gobierno, la casa de justicia y la casa de la legislatura.” FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 65.

percepción de los rosarinos, que sienten que su ciudad “mantiene” a la capital provincial y que esta última siente “envidia” por el rápido crecimiento experimentado por Rosario, razón por la cual la mantiene postergada y sometida en lo político¹⁰⁸, los santafesinos no demuestran necesitar de la ciudad sureña y su productivo hinterland. En la obra de Zapata pareciera haber, directamente, una negación o desconocimiento del “sur”.

El posicionamiento de los *Anales* con respecto a las relaciones intraprovinciales es, desde el comienzo, distinto. La caracterización geográfica, que en el libro de Zapata se limita a la ciudad de Santa Fe, en el texto de Carrasco consiste en una prolija descripción de todo el territorio provincial, en el que no faltan las precisiones sobre la ciudad de Santa Fe en particular. Pero además, al historiarse acerca de la población sureña, resulta imposible obviar la referencia a la capital, asiento de las autoridades a las que aquella se encontraba sujeta y las que tuvieron, durante la mayor parte de la historia rosarina, la atribución de designar a sus autoridades locales. El libro contiene, inclusive, tres láminas con el título “Ciudad de Santa Fe”.¹⁰⁹

Por otra parte, para Carrasco prestigia a Rosario, el advertir que la descendencia de uno de los fundadores de la segunda Santa Fe, el capitán Juan Gómez Recio, formó el núcleo de la futura ciudad sureña.¹¹⁰ También se ha visto que según la construcción historiográfica de los Carrasco, el mítico Francisco de Godoy, supuesto fundador de Rosario, habría sido hijo del general Antonio de Godoy, gobernador de Santa Fe.¹¹¹ Estas relaciones familiares subrayadas por Carrasco, entre los primeros pobladores rosarinos y distinguidos personajes de la ciudad de Santa Fe, parecen legitimar a una sociedad rosarina que a fines del siglo XIX es con frecuencia tildada de cosmopolita y sin arraigo.

El relato histórico del pasado rosarino no puede dejar de mirar hacia el “norte”, hacia la ciudad capital en la que se toman las decisiones que afectan a todo el territorio provincial y por ello las referencias se suceden en los *Anales* sin solución de continuidad, a veces mencionando explícitamente a Santa Fe y otras, a los órganos de gobierno y gobernantes que desde allí operan. La velada queja anclada en el sentimiento rosarino de postergamiento también tiene un lugar en los *Anales*, con motivo de que la organización administrativa y municipal se demoraba tras la declaratoria de ciudad: “Los hombres del gobierno pensaban que podía mantenerse todavía al

¹⁰⁸ Para la época, y con el título “Todo para Santa Fe”, el editorial de un diario de Rosario se quejaba: “Ciudad [Santa Fe] en la que el favoritismo impera, tiene todas las pequeñeces de familia sin dar una sola muestra de grandeza; egoísta como ella sola, no ve tranquila y contenta el adelanto a que la nuestra [Rosario] ha llegado, mirando con saña y rabia su diminuta proporción ante la gigantesca nuestra, y de aquí que se haga guerra de intrigas solapadas cuando para el Rosario algo bueno se presenta.” *La Capital*, Rosario, 9 de octubre de 1894.

¹⁰⁹ Las tres láminas corresponden: al edificio de la antigua aduana, que posteriormente funcionó como casa de gobierno y cuartel; al cabildo en el que se reunieron cinco convenciones nacionales y seis provinciales; y a la iglesia de la Merced y Colegio de la Inmaculada Concepción, donde se formó buena parte de la dirigencia santafesina.

¹¹⁰ EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, op. cit., pp. 50-51.

¹¹¹ Ibidem., pp. 60-61.

Rosario en la humilde dependencia que hasta entonces, haciéndolo gobernar por un juez de paz con facultades omnímodas y sin control.”¹¹² También se da cuenta de justas peticiones cursadas por los vecinos de Rosario, que no hallaban eco en el gobierno provincial.¹¹³

Hacia el final del período analizado en los *Anales*, aquella situación de postergamiento parece resolverse –de hecho, y a pesar de las acciones que en contra se ejercen desde el gobierno provincial- por el impresionante empuje productivo de Rosario. El historiador se hace portavoz del imaginario colectivo rosarino, y asume también él una posición localista, cuando afirma que hacia 1865 “se confirmó la supremacía comercial de esta ciudad, convirtiéndose, indisputablemente, en el segundo centro urbano de la República y en la capital comercial de la provincia de Santa Fe.”¹¹⁴

La historiografía finisecular decimonónica contribuye así a plasmar la imagen de una provincia de Santa Fe dividida en dos polos urbanos antagónicos y en tensión, que centralizan, respectivamente, el poder político y el poder económico.¹¹⁵

Consideraciones finales

Centradas, respectivamente, en cada una de las dos principales ciudades de la provincia, estas dos obras reconstruyen aspectos del pasado local y regional, y pueden ser consideradas antecedentes en el campo de la Historia Local, en una época en la que aún eran muy escasos los trabajos con ese enfoque dentro del ámbito historiográfico argentino.

Mucho antes de que Carlo Ginzburg y la escuela italiana dieran nacimiento a la Microhistoria, aplicando el método de la reducción de escala, Floriano Zapata se refería a su libro como una “historia a la menuda de Santa Fe”.¹¹⁶ *La ciudad de Santa Fe* es propiamente eso: un libro de lectura ágil y amena, que tomando como observatorio de análisis a la capital de la provincia, presta atención a las prácticas culturales, relaciones sociales y marcos institucionales de un ámbito urbano en el que todos se conocen. La sinopsis de Zapata está pensada para dar a conocer el estado de la ciudad a través de un texto censal, pero sobre todo está pensada para ser leída puertas adentro, por los mismos santafesinos, que se pueden identificar con las distintas imágenes de la ciudad y de sus habitantes, disfrutar de las anécdotas, y reconocerse en la historia, en los nombres y en las asociaciones que informan la vida de la ciudad. Sin demasiadas pretensiones en cuanto a su rigurosidad científica, utiliza a la Memoria –personal y colectiva-

¹¹² Ibidem., p. 291.

¹¹³ Ibidem., pp. 320-321

¹¹⁴ Ibidem., p. 648.

¹¹⁵ Esta imagen luego será desarrollada por Juan Álvarez, en su *Historia de Rosario*. JUAN ÁLVAREZ, op. cit., pp. 26-28.

¹¹⁶ FLORIANO ZAPATA, op. cit., p. 138.

como una de sus principales bases de apoyo. El resultado es un texto impresionista, que a grandes pinceladas brinda una vívida imagen de la ciudad de Santa Fe al finalizar el siglo XIX.

Mucho más erudito y, por ende, de abordaje más árido, el libro de Eudoro y Gabriel Carrasco pretende y consigue realizar un considerable aporte al conocimiento del pasado rosarino. Los autores logran capitalizar, y volcar en el libro, la abundante información que han adquirido en sus diversos estudios y actividades y, sobre todo, en su relación personal con la “cosa pública” de la ciudad, de cuya historia se sienten –y se señalan- como partícipes destacados. Transcriben gran cantidad de documentos, y elaboran una obra de marcado carácter fáctico y escaso vuelo interpretativo. Su obra es clave, de todos modos, a la hora de rescatar el testimonio de Pedro Tuella y fijar un mito de orígenes para la ciudad. También en los *Anales* le corresponde a la Memoria un lugar importante, si bien con sentido supletorio, para llenar los vacíos dejados por las fuentes documentales y bibliográficas.

En ambas obras desfilan imágenes, mitos y representaciones de un pasado próximo y lejano, varios de ellos, retomados y complejizados por la historiografía posterior. De ambas, asimismo, surge la idea de la batalla de Caseros como la divisoria de aguas entre un pasado de atraso, y un presente y futuro de progreso, en la historia de la provincia.

En ambas también, finalmente, es posible distinguir un embrionario discurso localista que pone en tensión los imaginarios de estas dos ciudades, contribuyendo a alimentar, con argumentos de carácter histórico, las fricciones entre Santa Fe y Rosario.